



EL RÍTMO
DE LOS CONDENADOS

Miguel Rivera

EL RITMO
DE LOS CONDENADOS



Primera edición: noviembre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Rivera

ISBN: 978-84-18958-84-7

ISBN digital: 978-84-18958-85-4

Depósito legal: M-33537-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

CAPÍTULO 01

UN ROMANCE GÓTICO

El 12 de marzo de 1992, la oscuridad descendió sobre la ciudad de Los Ángeles, uno de los más grandes iconos de los Estados Unidos de América. Viajó desde las tenebrosas tierras encantadas de Inglaterra, e hizo de su hogar la ciudad de los sirvientes de Dios, corrompiéndolos, transformándolos en lo que deben ser: siervos de Satán, bailando al son de melodías tétricas y demoniacas... *al ritmo de los condenados*. El retumbante doble bombo de la batería, el tono de motosierra de la guitarra, el relativamente inaudible bajo, la rica textura del teclado y, por supuesto, la más maligna de las voces: la de *Dani el Perverso*, vocalista de Cuna de Perversión, la banda de *black metal* más extremo que combina dicho estilo con una delicada sensualidad gótica.

Quizás la realidad fuese algo menos majestuosa, pues no debía haber más de cincuenta personas en el club en el que estábamos tocando, y muchas de ellas parecían algo aburridas, pero no se puede esperar que las masas comprendan el genio que encierra un estilo musical ambicioso que aún se está desarrollando. Muchos grandes artistas y demás hombres de otras ciencias solo recibieron el reconocimiento que se merecían siglos, o incluso milenios, después de sus muertes.

Al final, el universo acaba haciendo justicia... o no. Aunque es triste que todos esos hombres nunca fuesen admirados cuando aún caminaban entre los vivos. Yo, por el contrario, ya camino

entre los muertos, y así será por siempre jamás, así que me da igual. ¡Tengo paciencia!

Ahora en serio, aquel fue un concierto crucial para nosotros. Sería apropiado dar un poco más de contexto a todo esto, pues pocas cosas hay más lastimosas que un mortal confuso; ya de por sí es efímera su existencia. Usaré mi habilidad sobrenatural para tejer los hilos del lenguaje de forma que un mero *homo sapiens* pueda comprender.

Mi nombre humano lo olvidé hace mucho tiempo ya, o al menos los apellidos. Supongo que todavía existe mi certificado de nacimiento, así como otros documentos en los que esté escrito, pero ¿acaso importa cuando he descubierto el verdadero nombre de mi oscura y tenebrosa alma? Daniel, «Dani» para los amigos, es un nombre tonto. Dani el Perverso suena mucho mejor.

Nací como criatura mortal en Gran Bretaña, en el sur de Inglaterra, en 1969. El sol fue testigo de lo miserable de mi condición de mortal en mis primeros años, hasta que la luna me acogió una fatídica noche de mi adolescencia: entré en una videoteca, y mientras que mis compañeros de clase dedicaban su atención a la sección pornográfica (¡qué ordinariéz!), mi mirada era atraída hacia las cintas de terror. Los ojos de Béla Lugosi, centelleantes, me cautivaron y me transformaron en ese mismísimo instante, y la metamorfosis se completó cuando alquilé la película y la vi en mi casa esa misma noche. Había nacido Dani el Perverso, el hijo de las tinieblas.

No sé de dónde viene la superstición de que para ser transformado en vampiro uno ha de ser mordido. O más ridículo, que hay que beber la sangre de la víctima y devolvérsela mezclada con sangre vampírica. No, a mí me transformó el difunto Béla Lugosi con su mirada, maldita sea. ¡Así sucedió!

Poco después mi piel palideció, me crecieron los colmillos y comencé a llevar ropa de cuero negro para complementar la nueva esencia de mi corazón. Mi pelo también oscureció gracias al poder de las tinieblas. Todo esto vino acompañado de una cierta escasez monetaria, pero un siervo de Satán no escatima a la hora de honrar a su amo.

Nuestra banda, Cuna de perversión, tuvo su sombría génesis una tarde de otoño; los fríos lamentos del aire y las moribundas hojas de los sauces llorones daban pábulo a las intenciones más y de unos amigos de expresar nuestras emociones a través de la música, y uno había descubierto un estilo musical que se estaba desarrollando en Noruega: el *black metal*. Un género derivado del *heavy metal* de los años ochenta, llevado a su extremo más sucio, frío y lúgubre. No solo eso, sino que corrían rumores de que algunos miembros de esas bandas estaban planeando quemar iglesias.

Pues a mí todo esto me pareció sencillamente fenomenal. Yo no necesitaba destruir propiedad pública ni lidiar con las autoridades para demostrar la oscuridad de mi alma... ¡Eso ya era evidente de por sí! De todos modos, me parecía de lo más loable que los que sí necesitaran hacerlo no se acobardaran.

Desarrollamos nuestro estilo rápidamente. Mezclamos influencias de distintas corrientes musicales y establecimos nuestra formación: Dani el Perverso como vocalista y letrista, *Necrodestripador* a la guitarra, *Cavatumbas* con el bajo, *Mataángeles* de baterista y la única mujer de nuestro grupo, *Therese la Tétrica*, tocando el teclado.

Desarrollábamos nuestro estilo y nos íbamos acostumbrando a tocar juntos; grabábamos una y otra demo en cintas de casete, que distribuíamos entre tenebrosas almas con similares gustos. Poco a poco, nuestro ejército de fans fue creciendo, así como el número de nuestros conciertos, aunque fueran rudimentarios al principio, y mejoramos como artistas.

A medida que íbamos componiendo canciones más sofisticadas y elaboradas, se me vino a la cabeza la idea de llevar nuestro arte a un nuevo nivel, y les comenté mi idea a los demás. Se trataba de hacer un disco conceptual, centrado en la figura de la mujer que a mi parecer mejor representaba todo aquello que nuestro grupo anhelaba: la condesa Erzsébet Báthory.

Esta idea tuvo su origen una noche de diciembre, cuando me hallaba yo sumido en mi tenebroso mundo interior. Cuando llegaba la medianoche y yo cerraba la puerta de mi habitación, y encendía

la televisión para entonces poner alguna película de terror alquilada, la habitación se convertía en un portal a otro mundo que nada tenía que ver con lo mundano. Esas cintas eran catalizadores que estimulaban mi mente, y ninguna lo hizo tanto como *La Condesa Drácula*, una película cuyo título se refería a la mismísima Erzsébet.

Lo supe esa misma noche; lo entendí de un modo más profundo de lo que pueden expresar las palabras y, sin embargo, debo rebajar la revelación que experimenté a lo que se puede resumir por medio del lenguaje. Todas las maravillosas atrocidades cometidas por la condesa Báthory, que se afirmaba que no eran más que calumnias, habían ocurrido de verdad. Pero lo más importante, que sentí entonces con certidumbre total, era que *yo había sido su marido* cuando ella vivía, y había participado en sus rituales de tortura y baños de sangre de vírgenes.

Nunca había creído en la reencarnación hasta aquel entonces, pero esa película me convenció inmediatamente. Si eso no hace que la compañía responsable de su producción merezca los mayores honores y loores, ¡que me trague el diablo!

Aquella fue la inspiración para nuestro pequeño disco conceptual. Yo escribí todas las letras, y entre todos elaboramos las composiciones más complejas y ambiciosas hasta aquel entonces. Tal era el entusiasmo que apenas tardamos un mes en completar el proyecto, y yo estaba seguro de que nunca se había hecho algo tan único en el mundo de la música oscura y extrema.

La fortuna quiso que la cinta en la que grabamos nuestra obra maestra cayera en manos de una persona con conexiones en el negocio de los sellos discográficos, y se la hizo llegar al dueño de uno que apoyaba bandas *underground*. Firmamos el contrato apenas una semana después.

Aquella noche festejamos emborrachándonos en nombre de Satán, por no mencionar el consumo de sustancias menos lícitas. Creo que alguien llegó a liar un canuto con una página de un ejemplar de la Biblia que habíamos manchado de sangre y orina. Pensándolo bien, puede que yo fuera el responsable de eso.

Grabamos el disco en un estudio profesional en apenas unas semanas, y la producción no se hizo esperar mucho más. Salió a la venta, e inmediatamente después recibimos una oferta para hacer un pequeño *tour* en California, en los EE. UU. Nuestro primer concierto iba a ser en la ciudad de Santa Mónica, muy cerca de Los Ángeles.

Sabiendo lo que sé ahora, y teniendo en cuenta las circunstancias, tendría que haber imaginado que algo no acababa de tener sentido. Por mucho que el diablo estuviera de nuestra parte, éramos una banda demasiado *underground* como para que nos invitasen a tocar en el extranjero. Yo ni siquiera sabía que nuestra fama se hubiera extendido allende las fronteras de nuestra ciudad natal y, no obstante, allí estábamos: jóvenes, emocionados, a bordo de un avión que nos llevaba al otro lado del mundo.

Y en mi caso particular, al final de mi rol como vocalista de Cuna de perversión. ¡Ah, cómo lo echo de menos! No en poca medida por la magnífica diversión que nos causaba a unos jóvenes poder fingir ser realmente malvados, y tener la oportunidad de labrarnos una carrera haciéndolo, pero más bien porque estaba a punto de convertirme en una criatura demoníaca... en un sentido más literal.

Pero ya me estoy pasando con el preámbulo. Volvamos a aquel marzo del año 1992, a la noche fatídica de nuestro primer concierto en el Nuevo Mundo.

Nuestro set era de una hora; tocamos nuestro disco casi por completo. Por aquel entonces ya me había acostumbrado a la tensión de un concierto en directo, y era capaz de esforzarme al máximo en hacer mi rol de vocalista, y al mismo tiempo de prestar atención al público, y de hablarles entre canción y canción. Y fue por eso que no pude evitar fijarme en dos personas en particular.

Una de ellas era un hombre alto; ciertamente más que yo. Tenía aspecto de pasar de la treintena con barba grisácea y pelo bastante largo, aunque no excesivamente. Sus mejillas eran flacas y hundidas, y su piel era muy pálida, pero nada de él daba impresión de

debilidad alguna. Estaba recostado contra la pared, observándome y luciendo una sonrisa torcida; iba vestido con chaqueta y pantalones vaqueros. Parecía la clase de tipo que encajaría más en un concierto de Motörhead que en uno nuestro. En aquel momento, no obstante, no hice observaciones más detalladas de él, puesto que inmediatamente después me fijé en la otra persona, la cual eclipsó por completo al hombre en mi mente.

Era una mujer, y no una cualquiera, puesto que parecía sacada de mis fantasías más alocadas sobre la condesa Báthory, como si hubiera salido directamente de mi cerebro: tenía pelo muy negro y muy liso, con un flequillo que le llegaba hasta las cejas. Sus facciones eran suaves y femeninas, aunque no infantiles, y aparentaba tener veintipocos años. Era más pálida todavía que el hombre, de modo que su piel lucía un color casi totalmente blanco, y sus labios, pintados de rojo, le otorgaban una belleza que casi tenía más de fantasmal que de erótico.

Debo ser sincero: su presencia me afectó muchísimo, más que la de cualquier otra persona que hubiese acudido a un concierto nuestro. Al contrario que el hombre, no solo me miraba, sino que era como si me estuviese diciendo algo con los ojos. Apretaba los labios y se lamía el inferior con la punta de la lengua mientras me contemplaba, sonriente. Me quedé pasmado y casi se me olvida la letra de la siguiente canción. Me esforcé al máximo en concentrarme para seguir cantando, y durante el siguiente descanso la pude observar con un poco más de detenimiento y fijarme en algo que no fuese su cara. No estaba en primera fila, ni tampoco lo bastante lejos como para que yo pudiese observar con detalle todo su cuerpo; pude ver, no obstante, que llevaba un vestido negro de cuero y ajustado, y que su figura era generosa, pero sin curvas exageradas.

Nunca antes había deseado que un concierto acabase lo antes posible y, sin embargo, aquella dama espectral hizo que naciera en mí el ansia de dejar el micrófono inmediatamente.

El concierto llegó a su fin sin contingencias particulares, aparte de algún que otro objeto que nos fue arrojado, y que afortuna-

damente no fracturó ningún hueso (además, yo estaba protegido por el poder de las tinieblas). La pregunta de si nuestra actuación había tenido una acogida favorable o no era irrelevante, al menos para mí. Tras despedirnos del público, mis compañeros se retiraron para fumar (ya fuera tabaco u otra cosa); yo me lancé inmediatamente a buscar a la mujer misteriosa. Tanto ella como el hombre habían desaparecido.

Salí del local, jadeando y francamente con pocas esperanzas. Merodeé por el área adyacente, observando cómo las palmeras se mecían a la merced del viento y saboreando el olor a salitre, muy distinto al aroma que yo realmente deseaba que acariciara mis fosas nasales. El de la sangre... ¡Ya fuera la mía, o la de ella! Sentía con más fuerza que nunca que mi fantasía de conocer a la reencarnación de Báthory estaba a punto de hacerse realidad, y realmente me importaba un cuerno el aspecto lógico de todo aquello. Yo siempre me había guiado por mi instinto y por lo que me dictaba mi mundo interior, y ahora mi alma decía a gritos que no la dejara escapar.

No había desistido, realmente. Sencillamente era que, tras media hora buscando sin rumbo, estaba empezando a desanimarme un poco. Fue entonces, para mi inmediato susto y subsecuente y profundo alivio, que me di cuenta de que, en un callejón a mi izquierda, dos ojos penetrantes y profundos me observaban fijamente, acompañados de una sonrisa fascinadora.

No necesité *pensar* en ir a su encuentro; mi cuerpo se movió por sí solo como si fuese atraído por un campo magnético. Me adentré en el callejón y entonces la pude observar, por fin, con calma (tanta como mi estado mental en aquel momento me permitía) y detenimiento. Ya he descrito la irreal belleza de su faz, pero ahora me pude fijar mejor en su vestido apretado de cuero, con mangas y falda larga, sus zapatos de tacón bajo y sus pechos, o lo que de ellos se podía ver gracias al escote, eran redondos y de suculento aspecto, por no mencionar sus caderas.

Se me puede considerar vulgar... y, sin embargo, yo alego que, como dijo una vez un hombre muy estúpido y a la vez muy sabio:

«¡Es de mala educación no sentirse fascinado por la belleza de una mujer!».

Ella me sonreía de forma pronunciada ahora, con los ojos levemente entrecerrados, y yo ya la tenía lo bastante cerca como para casi sentir su aliento. Era más alta que yo, quizás un par de pulgadas... Si se me permite hacer un inciso, lo cierto es que, como hijo de las tinieblas que soy, mi desarrollo físico se detuvo aquella noche en la que Béla Lugosi me transformó, y nunca pasé de los cinco pies y cinco pulgadas. A menudo me decían que era tan bajito que no parecía inglés..., pero ya es suficiente. Volvamos al tema que realmente nos ocupa.

Antes de que yo pudiera dar el primer paso, y expresarle a ella la fuerza con la que sentía el vínculo que nos unía, y que sin duda había permanecido inquebrantable durante cuatro siglos, ella lo hizo primero, y su voz acarició mi alma tanto como mis tímpanos:

—Dani el Perverso, en persona —creí detectar un deje socarrón en su tono, pero había en él mucha más fascinación—. Por fin nos encontramos.

Comunicarme con mujeres atractivas nunca había sido mi fuerte, y no esperaba que fuese a mejorar en esa área de repente. Pero en lugar de preocuparme por eso, dejé que las palabras surgieran de mí sin reparos ni artificios.

—Vos debéis ser la que he estado esperando todos estos siglos... ¡Mi querida Erzsébet, al fin! —exclamé del modo más teatral del que fui capaz, extendiendo los brazos hacia ella y después dando una vuelta—. Sé que os habéis sentido sola todos estos siglos, mi amor, pero ahora los dos podremos volver a bañarnos en sangre de vírgenes, o llevar a cabo las atrocidades que nos plazcan —la miré fijamente, mientras ella mantenía cara de póquer—. Ahora, no temáis y venid a mis brazos.

Esto la hizo estallar riendo; y sin embargo, su risa nada tenía de despectivo; cuando por fin se calmó, sacudió la cabeza y me miró de forma entrañable.

—Estás como una cabra —rió de nuevo. Su acento era americano, por supuesto, pero no muy fuerte, y con erres suaves—. Peor de lo que imaginaba. Pero así es como me gustas.

Avanzó hacia mí lentamente, de forma felina y elegante, y sobra decir que yo me hallaba totalmente seducido por ella. Tanto era así que apenas me di cuenta de que estaba apoyado contra la pared y que ella se cernía sobre mí. Nos mirábamos fijamente a los ojos, y yo casi sentía su aliento en mis labios.

No entendía del todo lo que estaba ocurriendo. Parte de mi cerebro había procesado la situación y llegado a la conclusión de que a una fan nuestra le gustaba yo tanto que me estaba seduciendo en un callejón tras el concierto; y la otra parte de mi cerebro, la que me había impulsado a hablar de forma dramática, seguía obsesionada con la idea de que ella era la reencarnación de mi querida condesa, mi alma gemela.

También era posible que, sencillamente, tener a una mujer que me resultaba tan terriblemente atractiva tan cerca y mostrando tanto interés por mí por primera vez en veintipocos años de vida me estuviera afectando de otra manera. Puede que a causa de la erección que estaba teniendo se me escapara la sangre del cerebro. O tal vez, que el diabólico resonar de nuestras almas fuese más fuerte de lo esperado tras nuestro ansiado reencuentro.

Sí... Yo me quedo con la segunda explicación. Tiene mucho más sentido.

—Ahora, voy a probarte —la oí susurrar con inmensa dulzura—. Quiero disfrutar de tu sabor, Dani. Voy a beber de ti. Entiendes a qué me refiero, ¿no?

Dicho esto, sonrió de forma más pronunciada, dejándome ver sus colmillos. Sus *my* grandes colmillos, por cierto.

Ah, aquello tenía sentido, totalmente. Dado que yo mostraba poca timidez a la hora de manifestar mi siniestra naturaleza ante todo el mundo, ya fuera en forma de maquillaje, vestimenta o forma de hablar, no era de extrañar en absoluto que nuestros fans más acérrimos hicieran lo mismo. Podía imaginarme perfectamen-

te que nuestras cintas habían llegado a los núcleos urbanos más grandes de EE. UU., y que teníamos fans que harían algo como lo que ella estaba haciendo.

O sea, que se creía vampira. Muy bien, yo estaba dispuesto a seguirle la corriente... ¿Por qué no? Después de todo, el vampirismo siempre había sido uno de mis mayores intereses, por no decir fetiches.

—Soy todo vuestro —repuse abriendo mi chaqueta y descubriendo mi cuello—. Catad mi esencia vital a tragos, amor mío.

—Esta noche serás mío, Dani —repuso ella, y entonces cerré los ojos para entregarme al momento.

Noté sus labios enseguida. Eran más fríos de lo que esperaba, pero eso solo aumentó el erotismo de la situación. Mi mente se puso en tercera marcha, imaginando lo que seguiría a la sensación de su lengua abriéndose paso entre mis dientes y danzando húmedamente con la mía. ¿Una felación? ¿En aquel callejón? ¡Quizá incluso llegaríamos hasta el final!

Ab, adiós, virginidad, pensé. Desearía haberte perdido de forma un poco menos barriobajera, a ser posible entre sábanas de seda. En fin, es lo que me ha tocado... ¡Podría haber sido peor! Ahora veamos: ¿en qué bolsillo tenía el condón...?

Cerrar los ojos fue un tremendo error por mi parte, aunque, de haberlos tenido abiertos, tampoco podría haber hecho mucho más para defenderme. Los labios de la mujer trazaron una trayectoria que llevaba directamente a mi yugular, y yo me preparé para el suave mordisco, que sin duda serviría para aumentar la excitación de ambos y para hacerme sentir aún más deliciosamente indefenso.

Pues bien, el mordisco ciertamente llegó a producirse, y con el efecto contrario al que yo había esperado. Sentí un dolor punzante, lo cual me arrancó un gemido, y abrí los ojos inmediatamente.

Ella tenía la cara hundida en mi cuello, y me di cuenta de que me estaba chupando la sangre. Quise decirle que se estaba dejando llevar demasiado por la fantasía, pero ella me había agarrado el cuello con una mano, apretando lo suficiente como para que

apenas pudiera respirar, ¡ya no digamos hablar! Su fuerza era sorprendente; con la mano restante sujetaba ambos brazos míos, y los había convertido en dos apéndices inmóviles y absolutamente inútiles.

Toda la sensualidad del momento se evaporó al instante y fue reemplazada por una creciente sensación de terror. Yo no podía moverme, ni defenderme, ni expresarme de ningún modo que no fuera tratando de deshacerme de ella con éxito nulo. Miré a mis lados, pero estábamos a solas, y ella era tan hábil que no hacía ningún ruido. Traté de calmarme diciéndome que la fantasmal mujer simplemente se estaba tomando su fantasía demasiado en serio, pero no paraba de tragar mi sangre, y empecé a notarme más y más débil.

Dani el Perverso, el señor de las tinieblas, era presa del pánico. Aquella mujer estaba completamente loca y si aquello no paraba, yo acabaría en el hospital, o tal vez incluso en el más allá. Cuando ya me costaba mantener los ojos abiertos y me temblaban los labios, ella alivió un poco la presión de su mano en mi garganta, y yo logré gemir:

—Por favor..., no...

La oí reírse contra mi yugular, y no sé si convencida por mi súplica o simplemente a causa de un capricho suyo, apartó sus labios de la fuente del néctar vital y me miró a los ojos.

Que me lleve el diablo si aquellos eran los ojos de la seductora y voluptuosa mujer que antes había parecido salida de mis fantasías, pues ahora eran perversos y estaban llenos de un fuego infernal, y se dibujó en sus labios la más malévola de las sonrisas.

—Esta es la realidad de lo que ansías ser —susurró, mientras el aliento salía de su sangrienta boca y me llegaba a los labios. Ella se relamió—. ¿Quieres venir conmigo, Dani? ¿Quieres que dejemos el insulso mundo de los mortales? *¿Quieres bañarte en sangre de vírgenes, cometer atrocidades?*

Ella rio, a la vez de forma despectiva y afectuosa, si tal combinación de emociones es posible, aunque tal vez lo fuera para un

monstruo como ella. Y aún en aquella situación, yo no podía dejar de sentir un vago enamoramiento.

—Por favor... —dije, gimiendo—. Por favor.

—¿Por favor qué, Dani, precioso? ¿Acaso ni siquiera sabes lo que deseas aún? —acercó su boca a mi oído de nuevo—. ¿Necesitas más tiempo?

—...por favor... —repetí de nuevo, impotente.

Lo que sucedió entonces fue como un borrón. Eso pudo ser por mi debilidad física, o tal vez ella era así de rápida. Me limpió la sangre prontamente, y entonces se mordió el dedo, dejando caer unas gotas de la suya propia sobre mis dos heridas del cuello, para después lamerlas.

—Volveré a verte, travieso mío —dijo la mujer diabólica—. Oh, nos volveremos a ver pronto, te lo puedo asegurar, y es muy posible que la realidad sea mucho peor que tus fantasías. Hasta pronto..., Dani.

Dicho esto, me besó en los labios una última vez, para acto seguido desaparecer con tal velocidad que ni me percaté del momento en que ya no la veía.

Me dejé resbalar por la pared, agotado, débil y confuso. Antes de caer en la inconsciencia, se me ocurrió pensar una cosa: ella tenía razón. Tal vez la realidad de mis fantasías fuera a ser más pavorosa de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Un mundo de tinieblas se extendía ante mí, inmenso y despiadado, y estaba a punto de tragarme entero, de hacer mutar mi cuerpo y alma, de corromperme de forma irreparable y eterna. Tan solo me quedaba contar las noches... hasta que ella volviera para llevarme.